



DISCURSO DEL HONORABLE PRESIDENTE  
DE LA GENERALIDAD DE CATALUÑA DON  
JOSEP TARRADELLAS PRONUNCIADO EN  
TOLOSA (FRANCIA) EL 13 DE ABRIL DE 1975

Señoras, señores, amigos todos. Amigos Aleu y Serra, Presidentes de la Llar Catalana y del Casal Català, a todos muchas gracias, por vuestra invitación que me honra en las difíciles circunstancias actuales en las que los catalanes de Tolosa han querido una vez más manifestar su fidelidad a la Patria.

En este acto de conmemoración nuestro primer deber será recordar a los Presidentes Macià y Companys. Por haber restablecido el primero la Generalidad de Cataluña, proclamado la República española el segundo y haber dedicado ambos sus sacrificios al sostenimiento de las Instituciones, merecen nuestro fervoroso agradecimiento.

Nuestro homenaje a su memoria y a la de todos los catalanes que han luchado por nuestra libertad y por ella han dado su vida ya sea en el interior o en el exilio. A todos mi profunda gratitud.

El acto de hoy creo que ha de ser de una extraordinaria importancia por lo que yo pueda representar. Muchos de los asistentes a esta reunión me conocéis de años y sabéis que contadas son las veces que he manifestado mi opinión sobre los futuros problemas de nuestro país, por haber entendido siempre que correspondía a nuestros compatriotas del interior señalar el camino y a nosotros el deber de seguirlo.

De acuerdo con esta convicción, y sin dejar de intervenir en cada oportunidad que he considerado necesario exponer mi criterio, he procurado mantenerme alejado de ciertas posibilidades, o de determinadas acciones que se han realizado.

La conmemoración que nos une hoy en Tolosa tiene una gran significación. Para la Generalidad de Cataluña, para mí y también para nuestros ideales, adquiere una trascendencia que irradiará en el futuro de Cataluña. Os diré por qué.

Posiblemente en las ideas que me permitiré someter a vuestra consideración se deslizarán conceptos o expresiones no muy comprensibles porque si bien es cierto que os están dedicadas, no lo es menos que, a través vuestro, van destinadas también a Cataluña; a los catalanes que en el interior han luchado y luchan por su libertad y al mismo tiempo por la nuestra. Permitidme, pues, que en estas circunstancias exponga con toda sinceridad y con no menos libertad, el resultado de mis reflexiones durante los últimos años, y cómo veo nuestra situación actual.

Quisiera que mis palabras, que no han de ser de crítica alguna y que tampoco pretenden entablar polémica con quien sea, sirvan de meditación para comprender nuestra tarea a partir de este momento.

Creo que cuanto ha podido realizarse en Cataluña contra el franquismo, desde 1939 hasta la fecha, bien hecho está. Que no podemos destruir nada de lo creado aunque no sea totalmente de nuestro agrado.

Cataluña ha obtenido una victoria, una extraordinaria victoria. En los años de exilio, mi gran preocupación ha sido la reacción que podría producirse

en nuestro país al recobrar su libertad y la actitud que adoptarían las personas de otros lugares de España instaladas en Cataluña. Esta inquietud frente a lo que podría suceder si nos encontráramos con un movimiento anticatalán que recordara el período lerrouxista, podemos descartarla. Este escollo lo hemos salvado; esta oposición no se ha producido y este feliz resultado representa el triunfo de nuestra mutua tolerancia.

Las fuerzas de Cataluña que paulatinamente se han agrupado y han coincidido en el reconocimiento del Estatuto, quiere decir que reconocen también nuestra Constitución, nuestras Instituciones, nuestro deseo de gobernarlos. Todas merecen mi profundo agradecimiento, ya que este resultado no ha sido fácil, sino que, por el contrario, ha tenido que vencer muchas dificultades.

Recientemente hemos podido observar un ejemplo emocionante: la reacción de los emigrados en nuestro país. Una reacción favorable e incluso apasionada, en favor de la lengua catalana, ante las decisiones de los Ayuntamientos de Barcelona y Girona. Es decir, descubrimos de nuevo aquella Cataluña plasmada por el Presidente Macià en la que todos se sentían compenetrados con el espíritu de libertad de nuestro pueblo.

Esta gran victoria, a la que todos hemos contribuido, a todos nos corresponde consolidarla. Porque los peligros existen todavía. No nos hagamos la ilusión de creer que todo ha sido resuelto. A todos nos incumbe hallar la solución que permita este fortalecimiento y coincidir en un plan y una actitud comunes para obtener lo que con tanto fervor deseamos.

En los años de franquismo Cataluña se ha visto obligada, en cierto modo, a renunciar a su pasado. Se trata de un hecho natural en todo pueblo sometido a una dictadura como la del general Franco. Los que hemos vivido en un régimen de libertad hemos podido recordar constantemente este pasado y reivindicarlo no solo por el hecho de permanecer en el exilio, sino también con nuestra acción obstinada.

No será vano recordar que Cataluña es una Nación y que fue también un Estado. Con el Estatuto ha obtenido unas facultades de gobierno, un Parlamento, ha podido dirigir el país con una libertad que, quiero recordarlo aquí, jamás pueblo alguno de Europa había conseguido pacíficamente, como lo alcanzó el nuestro. Porque a menudo se ha cometido la injusticia de minimizar los poderes que tenía Cataluña. Se ha incurrido en la injusticia voluntaria o en el error de considerar nuestras libertades como muy limitadas.

Los catalanes no debemos olvidar, ante lo que pueda ocurrir, que, con todas las limitaciones que se quiera, España fue el único país europeo, antes de la última guerra mundial, que concedió o admitió unas libertades políticas sin que a Cataluña le costara casi nada. Nuestro pueblo, gracias a su unidad, consiguió el Estatuto y las considerables libertades que éste le otorgaba, sin el sacrificio de una sola vida humana y casi sin violencia alguna, contrariamente al tributo que han debido pagar otros pueblos de otros Estados. Este feliz resultado fue posible también gracias al liberalismo y a la comprensión existentes en España el año 1931.

Y no debemos olvidar aquella situación porque, a mi entender, volverá a repetirse. A nosotros nos corresponde plantear los problemas con toda claridad, netamente. No podemos ser juego de combinaciones extrañas que sólo nos procuran perjuicios y desengaños.

Todos conocemos la actual situación del régimen franquista y por lo tanto no he de extenderme en consideraciones a este respecto. Ha entrado ya en la agonía. En una larga agonía. ¿Cuándo se producirá el desenlace? Nadie puede vaticinarlo, pero lo que sí es evidente es que la dictadura se acaba. Y hemos de tener el corazón

henchido de esperanza, pero también la ambición de saber que nosotros — al decir nosotros quiero significar a todos los catalanes, a los de dentro y a los del exterior y a todos aquellos ciudadanos que residen en nuestro país vengán de donde vinieren — queremos gobernar nuestro pueblo e influir a los demás pueblos de España con el fin de que la democracia, el progreso, la comprensión y la tolerancia de Cataluña irradian por toda la península.

Cataluña obtuvo sus libertades, y a mi entender las conquistará de nuevo en un próximo futuro, con una sola condición: la de no desdibujar nuestra personalidad. Cataluña es un pueblo liberal. Cataluña es un pueblo republicano. Lo ha sido y volverá a serlo. Porque sin República no hay libertad en Cataluña. La democracia catalana y española no son posibles sin la existencia de la Generalidad de Cataluña y de la República.

Por lo tanto, debemos mantener nuestras posiciones sin equívoco alguno. Sería un error dudar de lo que acabo de manifestaros. En España, por lo general, cuando se habla de los catalanes nadie se interroga si somos o dejamos de ser liberales. Todo el mundo está convencido de que este espíritu democrático es consubstancial al pueblo catalán. Quiero recordar a los más jóvenes entre los presentes, que Cataluña votó unánimemente la República. Ni un solo diputado de izquierdas, de centro o de derechas, dejó de votarla. El Estatuto Cataluña lo plebiscitó también unánimemente. Esta fuerza, esta unidad de Cataluña, consolidó la República. A nosotros nos corresponde realizar una política netamente catalana, netamente republicana y democrática porque así ayudamos también a los demás pueblos de España.

Toda consideración o todo equívoco significaría un paso atrás y para llegar a esta situación no valía la pena de consentir tantos sacrificios, ni de que ciudadanos de Cataluña sufriesen encarcelamiento o luchasen tenazmente por sus ideales.

Toda política basada en vaguedades, tanto de palabra como de acción, está condenada al fracaso. Podemos comprobarlo con lo sucedido en estos últimos años. Nuestra posición ha sido débil y el franquismo lo ha aprovechado. Nuestras divisiones han servido para afianzar al régimen. Creo que los catalanes podemos realizar una vez más esta gran unidad que ya hemos conseguido en otras ocasiones. La hemos obtenido desde la Primera Solidaridad Catalana de 1907, hasta el último momento. Siempre hemos hallado la coincidencia cuando ha sido de vital importancia para nuestra existencia y esta unidad hemos de lograrla a partir de este momento.

¿Cómo conseguirla? Ya os hablaré de ello más adelante, pero permitidme que previamente os exponga mi manera de pensar motivada principalmente por lo que ha ocurrido en Cataluña en estos últimos años.

Como sabéis se han vivido momentos de gran euforia. Todos estaban convencidos de la muerte del general Franco y de que su desaparición provocaría un cambio de régimen. ¡Triste destino el de un pueblo que espera la muerte de un hombre para obtener la libertad! Este acontecimiento, ineluctable, no tiene importancia. Lo que pasa, lo que sucede hoy y lo que deba ocurrir mañana, sólo puede ser lo que nosotros decidamos. Y por esto os decía, e insisto en ello para que nadie pueda creer que mis palabras obedecen al propósito de destruir lo poco o mucho que existe, que lo obtenido es aprovechable. Lo que hemos de realizar ha de ser más amplio, más fuerte y más representativo para convencer a nuestro adversario de lo que queremos obtener de nuevo y de lo que nunca hemos dejado de ser.

La primera condición para conseguirlo exige que los catalanes seamos inflexibles en nuestra convicción de que Cataluña es una Nación. Los demás deben saberlo también. Nuestra vieja historia sigue su curso. Si al cabo de dos siglos de lucha, dos siglos, Cataluña obtuvo unas libertades políticas, ni hoy ni nunca renunciaremos a recobrarlas. El poder político de nuestro pueblo es la Generalidad de Cataluña. Todo acuerdo, toda decisión, sean quienes fueren sus autores, deben estar convencidos

de que sin la Generalidad de Cataluña será inaceptable. De manera terminante declaro que no estoy dispuesto a aceptarlo, como estoy seguro de que tampoco lo aceptará nuestro pueblo.

Con esta categórica afirmativa no quisiera dar la impresión de encerrarme en un espíritu patriótico, como suele decirse, y que no veo los demás problemas. En modo alguno. Cuando reclamo el restablecimiento total de la Generalidad de Cataluña estimo que sirvo también a la democracia española. Porque esta democracia sabe perfectamente que si Cataluña es fuerte, democrática y republicana, nosotros somos también su mejor aliado. La democracia española, insisto, no tiene aliado más seguro que nosotros.

Constantemente lo hemos demostrado. Miles y miles de catalanes han dado la vida por su fidelidad a la democracia española. Querámoslo o no, estamos unidos a su suerte, como lo estamos también a su desventura.

Además, nuestro pueblo se siente orgulloso de su pasado. Alguien puede pretender que en estas circunstancias no debemos hablar del pasado. Todo el mundo tiene su historia: los pueblos y los hombres viven de este ayer para fundar un futuro más humano, más generoso y más acorde con nuestros ideales de libertad y de progreso. Esta historia debe servirnos para convertir nuestra Cataluña en el baluarte inexpugnable de nuestras libertades y de nuestro bienestar.

Si previamente conseguimos aclarar la situación y eliminar la confusión actual realizaremos un paso decisivo. Es natural que exista cierta confusión, ya que después de tantos años de clandestinidad. ¿cómo queréis que no hayan surgido divergencias y discusiones? Debemos aceptarlas y comprenderlas. La política es, precisamente, el arte de evitar las disputas y la guerra civil. La política permite establecer y mantener el diálogo. Estoy persuadido de que, salvando todas las dificultades, hemos de llegar a conclusiones positivas, sin desdeñar lo que pueda existir, pero teniendo siempre presente, y en esto debemos ser intransigentes, que la vida política de nuestro pueblo nace, vive y muere en Cataluña. Esta es la base fundamental de nuestra primera victoria. Todo lo que no signifique aceptar esta premisa creo que constituye un grave error.

Actualmente en nuestro país existen una treintena de partidos políticos y organizaciones obreras. No todos están unidos en el combate contra el opresor y alguno de ellos no lo está ni siquiera consigo mismo. Todos trabajan con buena voluntad, con entusiasmo y con el deseo de triunfar. Repito que al reconocer esta realidad no censuro a nadie y que así ha sucedido y sucede en todos los países, sin excepción, que luchan por su libertad.

Paralelamente a estas organizaciones vemos surgir cada día más y más directivos de Sociedades multinacionales y financieras que se han mantenido durante veinte años alejados de la política, sin preocuparse del futuro, y hoy que el régimen se tambalea no dudan en exponer sus soluciones. Aunque puedan parecer animados de buenas intenciones, en alguno de ellos domina la pretensión de cambiar sólo la etiqueta del actual régimen. Y esto no lo aceptamos. Bienvenidos si desean unirse a nosotros, pero que no cometan el error de creer que nuestro país ha renunciado a sus derechos.

Quisiera hablaros también de lo siguiente: con frecuencia se alude al Pacto de San Sebastián. Muchos son los catalanes convencidos de la necesidad de establecer, hoy en día, un pacto similar. Consideran imprescindible la unión de todos nuestros compatriotas para llegar a un frente único que pueda parlamentar con las fuerzas españolas y que este acuerdo sea el punto de partida de una acción contra la dictadura cuyo resultado será la libertad de nuestros pueblos.

Permitidme deciros, y ruego reflexión sobre mis palabras, que el Pacto de San Sebastián fue un acto admirable que dio paso a la República y a nuestro Estatuto. Sin embargo, en la actualidad las circunstancias son muy diferentes. En 1930 Cataluña no contaba con Institución alguna, ni tenía su Constitución. La Mancomunidad había desaparecido y era lógico que los partidos adoptaran determinadas resoluciones ante los partidos políticos españoles. El problema, hoy, no es el mismo.

Cataluña tiene una Constitución que su pueblo votó libremente y que el pueblo español, libremente, aceptó. Corresponde, pues, a Cataluña pactar con España y con los demás pueblos de la Península si así lo estima necesario, pero no con los partidos políticos. ¿Con quién pactaríamos en Madrid? Salvando honrosas excepciones, ¿con fantasmas? ¿Con gente que nunca ha dejado de servir al franquismo?

Considero que la Generalidad de Cataluña es la única que puede hablar y la única que debe pactar. De acuerdo, naturalmente, con las organizaciones políticas y obreras y no como una entidad aislada. De acuerdo con las organizaciones, de acuerdo con estas personalidades que, ahora, intervienen en la política catalana. Con todos de acuerdo, pero nadie por su cuenta.

Los catalanes han demostrado últimamente que aceptan el Estatuto de 1932, ¡gran victoria también, extraordinaria victoria de nuestro pueblo, como he repetido miles de veces!, y esta decisión es lo mejor que podía suceder a Cataluña.

Las organizaciones catalanas aceptan, pues, nuestro Estatuto. Pero, con motivo de las huelgas de la SEAT, en Barcelona, los obreros de esta empresa, en un manifiesto redactado en lengua castellana, al mismo tiempo que insistían en sus reivindicaciones, declaraban también, de manera explícita, que aceptaban el Estatuto de Cataluña y reclamaban su aplicación.

Pues bien, si en Cataluña actualmente todos aceptan el Estatuto, esto significa que todos aceptan la Generalidad de Cataluña, que todos aceptan nuestra Constitución. Por lo tanto, sólo podemos hablar, gestionar y pactar, con quien sea, por el conducto de nuestro futuro Gobierno. Considero un error seguir otros senderos que no conducen a nada positivo para nuestro pueblo.

No dudo que estas palabras extrañarán a algunos, parecerán inoperantes, o se interpretarán como una intención de desunir, o como el propósito de crear otra cosa. Nada de esto. Mi único deseo es el diálogo. Si precisamente no llegué a Tolosa, como era mi intención y vuestro proyecto, es porque en estas últimas semanas he consultado a todos los partidos políticos que en Cataluña forman parte de una acción común y es puedo asegurar que mis palabras han despertado simpatía y no han encontrado oposición.

Porque esta necesidad todos la sienten. Los pueblos no se movilizan ni obtienen su libertad porque un número determinado de partidos o personas puedan llegar a un acuerdo excluyendo a otros. Los que hemos vivido en Francia hemos podido comprobarlo y así ha sucedido también en los demás pueblos que han conquistado su libertad. En efecto, cada vez que se llega a un arreglo se producen inmediatamente múltiples escisiones y nunca se alcanza la meta perseguida. Para conseguirla es necesaria la existencia de un lazo de unión, de una Institución. Nosotros tenemos la suerte de poder contar con esta Institución que nos faltaba en 1930.

Cada uno de nosotros tenemos nuestro pensamiento político, cada uno de nosotros deseamos el triunfo de nuestros ideales y de nuestro partido. Es normal, es lógico y no debe ser motivo de crítica. Pero a esta posición personal debemos anteponer el deber de servir a nuestro país. A pesar de las dificultades presentes estoy convencido de que llegaremos a esta unidad. De nadie más que de nosotros depende.

Es urgente, pues, establecer este diálogo. Con todos sin excepción. Con aquéllos, naturalmente, que aceptan los principios proclamados de manera clara y precisa en estos últimos años. Todos están de acuerdo con el Estatuto de 1932, y esto significa que todos reconocen nuestra Constitución. Constitución que modificaremos, democráticamente si es necesario, cuando llegue el momento oportuno y no ahora. Los partidos políticos así lo han proclamado y los que no lo han hecho — que también los hay — están dispuestos a la discusión. Si llegamos a esta conclusión prestaremos un gran servicio a Cataluña y también a los demás pueblos de España.

No debe olvidarse la existencia de un determinado franquismo que todavía es fuerte. No nos hagamos excesivas ilusiones. Treinta y seis años de gobernar el país, procuran al régimen cierta consolidación. Si este régimen no ha vacilado en asesinar al Presidente Companys y a Puig Antich, entre otros muchos, puede repetir sus crímenes si nosotros no representamos una fuerza que pueda oponerse victoriosamente a sus excesos. Ante la posible represión del franquismo en las postrimerías de su reino, debemos presentarnos más unidos que nunca.

La herencia de la dictadura es peligrosa. Considero un error suponer que abandonará el poder voluntariamente, porque habrá encontrado la solución gracias a una personalidad monárquica, sea la que fuere. El franquismo no abandonará sus posiciones de buen grado. Si somos fuertes podremos evitar muchas violencias y conseguiremos la victoria. Si no le oponemos un frente único y por lo tanto somos débiles es posible que nos derrote una vez más. Nuestra propia salvación y la del país nos obligan a aceptar esta unidad, sin plantear problemas previos. Los catalanes hemos demostrado que sabemos hallar la concordia cuando es necesario y estoy convencido de que en la actualidad sabremos alcanzarla una vez más.

Por lo demás, Cataluña no tiene hoy los mismos problemas de 1936. Debemos reconocer que el presente no tiene relación alguna con el que nosotros dejamos, ni mucho menos con el de 1930. El bienestar de Europa y la política de represión contra la clase trabajadora que ha llevado a cabo el franquismo han permitido que la burguesía transformara el país. Con su inteligencia, con su dinamismo, con su orgullo, ha conseguido convertir Cataluña en un país potente en el aspecto industrial, económico y financiero. Pero este país es de todos y a todos corresponde contribuir a su salvación.

A este respecto permitidme que os exponga otra particularidad que a menudo se quiere desconocer. Esta Cataluña rica de hoy, nosotros, el Gobierno de la Generalidad, la hemos construido también. Si bien es verdad que ha estado ausente del país, antes de abandonarlo lo dejó en condiciones que han posibilitado este renacimiento. La Generalidad de Cataluña, durante la guerra creó el Consejo de Economía y como Presidente del Gobierno tuve el honor de firmar el Decreto de Colectivizaciones. La aplicación de este Decreto fue de gran trascendencia para Cataluña. En el mundo se discute hoy sobre la utilidad de la autogestión, y Cataluña entonces ya la puso en práctica. Gracias a esta política económica y social de la Generalidad de Cataluña fue posible que una determinada burguesía, al regresar a nuestro país se encontrara con las fábricas llenas de reservas, sin deudas, en perfecto estado de funcionamiento y muchas de ellas con un activo que jamás habían alcanzado.

Este esfuerzo del pueblo catalán permitió a un sector de la burguesía, con la ayuda del franquismo y también gracias al bienestar de Europa, alcanzar la óptima situación que todos conocemos. Sin la Generalidad de Cataluña no hay duda que no disfrutarían del actual estado de euforia.

Precisamente debemos hablar con claridad en este aspecto y es lo que intento hacer ante vosotros. En nuestro país la burguesía se ha aprovechado de la Generalidad de Cataluña. de los obreros que durante la guerra trabajaron con gran entusiasmo y sacrificio, sin egoísmo, y cuyos esfuerzos permitieron que nuestra

industria reanudara su marcha ascendente en 1940. Siento tener que decir que esta burguesía carece de humildad y de comprensión. Hace años que las cosas no siguen el camino normal. No tiene en cuenta cómo piensa, ni cómo actúa la burguesía de Europa occidental. He dicho que carece de humildad y así hemos podido comprobarlo en los últimos tres meses. 1.600 trabajadores en las huelgas de la SEAT, Hispano Olivetti y otras empresas han sido despedidos de manera tajante y sin ninguna consideración. Tal decisión es inaceptable aunque una parte de esta burguesía nos diga que defiende la lengua catalana. ¡La lengua catalana es una cosa, los intereses de la burguesía otra y los derechos de los obreros otra muy distinta! Creo que esto es y ha de ser perfectamente claro hoy y siempre.

Podrá decirse que en la actual riqueza de Cataluña no hemos aportado nuestra contribución. Insisto en afirmar que todos hemos tenido una participación directa o indirecta. Directa porque nuestras Instituciones tuvieron perfectamente en cuenta el futuro de Cataluña en el orden económico y financiero. Existe naturalmente, el poder político, pero observemos que actualmente en el mundo se impone un poder quizás más fuerte que el político: el económico y financiero. En este aspecto, la situación se presenta de manera muy grave en Cataluña, como hemos podido comprobar estos últimos días.

Si en el orden político he repetido incesantemente que nuestras organizaciones deben nacer, vivir y morir en Cataluña, en el orden económico es necesario que todos tengan presente, principalmente los más responsables de esta economía, que las finanzas y la industria nacen en Cataluña, viven en Cataluña, pero mueren o pueden morir en Madrid. Y por lo tanto, si desean salvar lo que hoy poseen, no pueden realizar una política que un día provoque un desastre para nuestro pueblo.

Como lo sería también acceder a las ambiciones y fantasías de los que siempre quieren ganar o a las de aquéllos que nada tienen que perder.

Considero, y perdonad mi insistencia porque quisiera evitar confusiones, que todo lo realizado hasta el presente bien hecho está. Todos contribuyen en la medida de sus posibilidades y quizás desde el exterior las cosas parecen fáciles cuando en el interior son muy difíciles y se actúa como se puede y no como se quiere.

Me parece, sin embargo, que después de tantos años y ante la actual descomposición del régimen, después de la obsesión de cierta gente, no catalana, por descontado, presentándonos como solución única la Monarquía — sea la que fuere — nosotros, los catalanes, no podemos eludir este problema. Hablar de República parece un «tabú». Nadie quiere definirse. ¿Qué régimen sucederá al actual? Sin duda alguna se tratará de un régimen provisional, aunque sea la Monarquía, porque nosotros seguiremos considerándola como provisional hasta que el pueblo libremente, se pronuncie sin equívocos.

Esta situación plantea un problema importante que desde ahora debemos tomar en consideración. A lo largo de los veinte y un años que tengo el honor de ser Presidente de la Generalidad de Cataluña, se me ha criticado algunas veces por no haber constituido un gobierno en el exilio. Muchos catalanes, cuyo patriotismo no discuto, me reprochaban mi oposición a la creación de un Gobierno como el de la República española o el de Euzkadi. No lo he formado, y cada día estoy más satisfecho de mi decisión porque creo que si debe existir un Gobierno ha de ser en Cataluña y han de ser los catalanes del interior quienes deben constituirlo y no yo ni vosotros.

Hoy hemos llegado ya a esta eventualidad. ¿Hay que pensar en un Gobierno provisional? Es imprescindible que las organizaciones políticas del interior, como estas personalidades recientemente aparecidas, nos interroguemos si es oportuna la creación de un Gobierno provisional o de un Consejo Nacional en el interior. Creo que ha llegado el momento de esta importante decisión. Hasta ahora me he opuesto

a ella por creer que no era el momento propicio. Cataluña ha alcanzado cierta madurez política. Lo sucedido hasta hoy era inevitable que ocurriera, puesto que todos deben hacer su aprendizaje. La política es cautivadora. Todos quieren actuar. Cuando se es joven no se comprenden todas las dificultades. En nuestro país tenemos una juventud que las comprende y sufre a causa de ellas y sabe que es imprescindible concretar una acción que desemboque en un resultado válido, en un resultado positivo.

Por lo tanto, una de las primeras decisiones ha de consistir en no eliminar lo que ya existe en la clandestinidad, sea lo que sea. Estemos o no de acuerdo con ello. Hablar con todos los que han actuado, con los que siempre han permanecido alejados, con aquellos que en los últimos años desean intervenir en la política del presente y del futuro de Cataluña. Lo peor que podría sucedernos es que el día que en España se constituya un Gobierno provisional, los catalanes nos encontráramos sin un interlocutor válido que nos representara a todos.

No tengo preferencia por la constitución de un Gobierno, de un Consejo Nacional o de otro Organismo. Pero es evidente que toda Organización nacida en Cataluña sólo podrá vivir si existe un acuerdo entre las fuerzas del interior, las del exilio y naturalmente con el Presidente de la Generalidad.

No es la primera vez que hago tal afirmación. Es necesario recordar que además del Estatuto de 1932, votado por el Parlamento de la República Española, contamos también con nuestra Constitución votada por el Parlamento catalán en Mayo de 1933. Esta Constitución permite que el Presidente de la Generalidad delegue sus funciones ejecutivas. Nunca me he negado, no me niego, ni me negaré, si en Cataluña existe una unanimidad, a delegar mis funciones a sus representantes para que sean ellos, los que más han sufrido de la situación política, y no yo ni vosotros, quienes decidan de la acción a seguir. Pero hay que actuar conjuntamente.

Creo que el buen sentido de los hombres que durante años y principalmente en estos últimos, han trabajado en forma que sólo merece elogios y han permitido que en Cataluña, como os decía, no haya surgido una fuerza anticatalana, ni haya aparecido un nuevo lerrouxismo, les obligará a pensar, a reflexionar, sobre esta sugerencia que desde Tolosa y por vez primera expongo públicamente. Espero también que la tendrán presente, lo que permitirá iniciar en nuestro país una nueva etapa de nuestra vida política eminentemente constructiva.

No hay duda que nuestra política va unida a la de España. No puede ser de otro modo. Los pueblos de habla catalana son nuestros hermanos y nuestros aliados naturales. No insisto sobre esto, puesto que ya conocéis los lazos históricos y espirituales que nos unen y que cada día deben ser más estrechos para llegar a una unidad política más fecunda.

Comprendemos y apreciamos a los pueblos de España que, como el nuestro, luchan por la libertad. Pero, a mi entender, no podemos admitir que intervengan en nuestra política como nosotros tampoco debemos intervenir en la suya. En lo que a España se refiere entiendo que sólo hemos de realizarla a través del Estado español, representado por su Gobierno legítimo.

Estas palabras de reflexión, como os decía al empezar os están destinadas porque me habéis honrado ofreciéndome la presidencia de este acto y permitiéndome que exponga mi opinión sobre la actual situación de nuestro país. Pero mis palabras van destinadas muy especialmente a todos los residentes en Cataluña. Desde Tolosa, esta Tolosa que tantos recuerdos nos evoca a lo largo de nuestra historia, pido a todos que contribuyan al logro de esta gran unidad. Que hagamos, todos juntos, lo posible para acabar con nuestras discrepancias. Que facilitemos a los que han defendido nuestro Estatuto de 1932, como a los que no lo defienden, pero tampoco lo combaten, un amplio y generoso diálogo. Sentémonos alrededor de una mesa

para llegar a un acuerdo sobre puntos muy concretos. Haciéndolo así serviremos a Cataluña, pero también serviremos a todos los demócratas, a cuantos aspiran a la paz y al bienestar de España. De otro modo nuestra misión sería nula.

Los catalanes hemos aportado siempre a España y especialmente en lo que va de siglo, un espíritu de libertad. Nuestro deber y principalmente el de los jóvenes y de la generación actual, es el de instaurar la libertad, la comprensión y la tolerancia que son y han sido particularidad de nuestro pueblo. En todos los aspectos: político, social y espiritual. Si así nos lo proponemos estoy seguro que lo conseguiremos. No podemos abandonar este deber.

Creo que todo lo que acabo de manifestar ha de tener cierto eco en nuestro país. A mi entender, no se trata más que de una solución de sentido común a nuestros problemas políticos, económicos y espirituales.

El franquismo puede desaparecer de un día a otro, inesperadamente. Llegado este momento, ¿cuál será nuestra decisión? ¿Deberemos contentarnos como en la actualidad viendo como muchas personas van a Madrid a pedigüñar unos pactos o a solicitar unas libertades? ¿Con quién? ¿Con qué? ¿Y, para qué? Todo esto no tiene ninguna utilidad. El hecho extraordinario es que nuestro pueblo haya creado un núcleo importante de unidad. No es todavía total, pero me atrevería a decir que podrá serlo. Puesto que este núcleo ha conseguido ya lo que os he dicho de los emigrados y ha recordado a todos que tenemos un Estatuto.

Por lo tanto este movimiento ha de ser parte integrante de esta unidad que logremos. Es decir, que no se debe excluir a nadie, pero es urgente que pensemos de nuevo toda la política realizada hasta hoy.

No es, a mi entender, el momento de abandonar lo que ya tenemos. Hay quien considera más positivo para el país llevar a cabo una política internacional. Creo, y que me perdonen los defensores de esta política, que es inútil y contraproducente. Nuestro deber es actuar en el interior de Cataluña. Nuestra voz y nuestra acción han de estar presentes en todas las ciudades y pueblos del país que tanto lo necesita. No podemos permitirnos el lujo de levantar espejismos para disimular los graves problemas que hemos de resolver.

Esta es, a grandes rasgos, mi manera de pensar y permitidme que ponga punto final a mis palabras ya que no quisiera reteneros en exceso. Esta es la política que preconizo y desde hoy que la he planteado ante vosotros, pienso defenderla y no dudo que en Cataluña será más comprendida de lo que algunos puedan creer.

Que nadie lo dude, si no realizamos esta política surgirán de nuevo las peleas. las discusiones inútiles, las interpretaciones partidistas, los anti y los no anti; se producirá el desmenzamiento de nuestro pueblo y en fin caeremos de nuevo en la demagogia. Nosotros no podemos permitirlo.

Resumo, pues, mi pensamiento. Que todos conozcan mi voluntad de delegar las funciones ejecutivas necesarias para que en Cataluña se instaure una política de generosa y amplia unidad, si se cree que debe realizarse. Que todos sepan que estoy plenamente dispuesto a ayudar esta acción. Pero que nadie se equivoque en mi actitud ya que, como siempre, cumpliré con mis deberes.

Pase lo que pase, nada ni nadie conseguirá que traicione la memoria de los Presidentes Prat de la Riba, Macià y Companys que dedicaron su vida y sus esfuerzos a la obtención de nuestras libertades, que lucharon constantemente y se sacrificaron para conseguir que Cataluña se gobernase como mejor lo entendiera. Y esto es lo que yo deseo y estoy convencido que es también lo que desean todos los ciudadanos de Cataluña.